

extiende, dicen los ortodoxos, como la peste. Los obispos se lamentan en sus pastorales de que hay fieles que, practicando los deberes que la Iglesia les impone, son indiferentes á sus destinos, y aun hostiles á sus empresas (1). ¿Continuarán estos católicos indiferentes, hostiles, practicando el catolicismo? Si tienen fe, están en contradicción consigo propios; mas en realidad no la tienen, porque si la tuvieran, no serían ni indiferentes ni hostiles. Se hallan en la pendiente del libre pensamiento; y empleamos esta vaga expresión, porque esa indiferencia y esa hostilidad conducen, ya á la incredulidad, ya á una fe superior. El presente *Estudio* se dirige especialmente á los que sienten la necesidad de creer y no pueden ya creer lo que confiesa la Iglesia. ¿Cómo salir de esta angustiosa situación? No conocemos más que dos medios que, á decir verdad, se confunden en uno: reformar el catolicismo ó afiliarse al protestantismo racionalista. Hay en la sociedad católica aspiraciones, votos, deseos que tienden á una renovación religiosa. En ellos debemos detenernos, aunque no hayan dado resultado: son una señal de los tiempos. Si se probara que el catolicismo es irreformable, no quedaría más que el otro medio: dar la mano al protestantismo liberal. Poco importa que el camino sea incierto; la revolución misma que debe transformar el cristianismo tradicional no lo es. El catolicismo se transformara ó perecerá.

§ II.—Los proyectos de reforma.

N.º 1.—Francia.

I

Francia no tiene genio para las reformas lentas y sucesivas; le gusta proceder por movimientos súbitos que estremecen el mundo: es la patria de las revoluciones. Háse preguntado por qué no abra-

(1) *Mandement de l'évêque de Liège de 1860 (Le Bien public, du 6 mars 1860)*: «Hay una clase de cristianos débiles ó indiferentes... Ecos sin razón de todas las preocupaciones, de todos los errores, de todas las críticas, de todas las blasfemias que propala la boca del impío, condenan la religión que profesan todavía, la Iglesia de quien se reconocen hijos, los pastores de quienes se dicen ovejas, porque su oído, siempre abierto á los que atacan y vilipendian la religión y la Iglesia y los pastores, se cierra siempre á los que los defienden y los vengán... Incredulos ó desconfiados, cuando el jefe de la Iglesia ó la autoridad episcopal hablan, aceptan sin examen las falsedades, los errores, los engaños que propalan los enemigos de la Iglesia.»

zó el protestantismo en el siglo XVI. La ruda guerra que hizo á los reformadores la monarquía no es una explicación satisfactoria, porque la lucha y el combate son un atractivo para esta raza batalladora. Si el pueblo revolucionario por excelencia no siguió á los hugonotes, fué porque la Reforma no era una revolución bastante radical para su pasión de novedades; dos siglos más tarde tuvo Francia su revolución religiosa al mismo tiempo que su revolución política, y fué la una tan excesiva como la otra: los hombres del 93 abolieron de una plumada el cristianismo para reemplazarlo por la religión natural. No tardó en sobrevenir la reacción. Las creencias católicas, alarmadas, fanatizadas, encendieron la horrible guerra de la Vendée. Voltaire y Rousseau reinaban en las clases letradas, pero la Iglesia conservaba todo su imperio sobre las clases inferiores.

Esto explica justamente el favor que parece hallar el catolicismo en la patria de Voltaire y la insignificancia del movimiento reformador que se ha producido en nuestros días. Existía en Francia un germen de reforma católica: el galicanismo no era el catolicismo tal como se entiende en Roma; los ultramontanos puros le reprochan estar en la pendiente del cisma, y el cisma es hermano de la herejía. Los reformadores modernos se apoyan en esta tendencia de la nación francesa á formarse un catolicismo aparte: «El galicanismo, dicen, es el liberalismo en la Iglesia, es la bandera de la reforma católica y del progreso religioso, y es una gloria para Francia haberla bautizado con su nombre», (1). Bossuet no habría reconocido esta bandera; pero había un galicanismo más radical que el suyo, y que se enlaza con la tradición de los grandes concilios que trataron en el siglo XV de introducir la libertad y la democracia en el seno de la Iglesia, prevaleciendo de la constitución primitiva de las comunidades cristianas. Este movimiento se abrió paso después de la Revolución del 89. La Iglesia constitucional realizaba el ideal de los que pensaban como Gerson y Richer; y por esto se atrajo una parte considerable de los ministros del culto que el viejo régimen llamaba, en su orgullo aristocrático, el bajo clero. No había cambiado nada en el dogma; mas por el mero hecho de que el cle-

(1) BORDAS-DEMOULIN et HUET, *la Réforme catholique*, página 151.

ro constitucional aceptaba francamente, y algunos con entusiasmo, la libertad política, estaba en la pendiente del libre pensamiento; y habría llegado á ella, si Napoleón, que no amaba más la libertad en la Iglesia que en el Estado, no hubiera puesto fin á la Iglesia constitucional, restableciendo el catolicismo galicano. Esto era un primer paso en el camino de la reacción religiosa, y las reacciones, como las revoluciones, no se detienen sino cuando han recorrido todas las fases del movimiento que las ha provocado. Hoy el galicanismo parece muerto, no existe más que en las leyes; el clero casi por completo es ultramontano.

El ultramontanismo no ha sido jamás simpático á Francia, y acabará por sublevar el espíritu de nacionalidad, tan poderoso en la raza francesa, y el espíritu de libertad que, á despecho del cesarismo, y acaso gracias á este régimen, adquiere cada día nuevas fuerzas (1). Pero aun no hemos llegado ahí; el viento sigue siendo favorable á la reacción. y en Francia depende todo del viento que sopla. Ha habido, sin embargo, algunos pensadores distinguidos que se han negado á someterse á una reacción llamada religiosa, en nombre de la cual ha proclamado el papa una nueva superstición: eran dos ó tres, y ni siquiera se entendían en el seno de este pequeño cenáculo. Uno era un filósofo eminente; pero su filosofía no podía atraer á los librepensadores, porque partía del pecado original; y no tenía tampoco atractivo para los creyentes, porque desnaturalizaba los dogmas interpretándolos. Bordas-Demoulin murió en el hospital; figura severa, admirable como carácter, con la abnegación del filósofo, pero incapaz de formar escuela. Dejó un discípulo, Huet, su amigo y compañero de armas. Lo hemos visto de cerca; y admirando la penetración de su inteligencia y el fervor de sus convicciones, no podíamos comprender cómo ideas contrarias, hostiles, inconciliables, la filosofía racionalista y la fecatólica, coexistieran en un mismo cerebro. La unidad ha acabado por reemplazar á esa especie de discordia, y el libre pensamiento es quien ha prevalecido.

¿Qué querían los reformadores, cuando el pequeño grupo era todavía, ó, por lo menos, se creía católico? Rechazan toda superstición, dice, aspi-

ran á adorar á Dios *en espíritu y en verdad* (1), en lo cual se separan abiertamente de los ultramontanos. Hemos citado en otra parte la impía expresión del conde de Maistre, que ve en la superstición un baluarte de la religión. No es esa la opinión de Bordas-Demoulin, que se subleva contra esa lepra de la fe con la energía de un alma piadosa: «La superstición, dice, destruye la religión y degrada al hombre, pues que le separa de Dios, de quien sólo depende naturalmente, y le hace esclavo de las criaturas, aun de las más viles, de sus caprichos y de sus vicios. Su espíritu y su corazón se despojan del conocimiento y del sentimiento verdadero de las cosas para llenarse de engaño y de desorden; su ser entero se pervierte y no vive más que de miseria, cuando en la religión no vive sino de grandeza.» Ya hemos dicho que el catolicismo nació supersticioso. Bordas-Demoulin lo confiesa: «En medio de la decadencia del imperio romano, en medio de la invasión de los Bárbaros y de la ignorancia que los acompaña, el cristianismo invadido por la superstición reproduce en muchos respectos la degradación pagana.» «Los cristianos, dice el abate Fleury, no difieren apenas de los judíos y de los infieles en cuanto á los vicios y las virtudes, sino únicamente en cuanto á las ceremonias, que no hacen mejores á los hombres», (2). Y tan cierto es que la superstición acompaña siempre al cristianismo tradicional, que los países más católicos son también los más supersticiosos. «¡Qué deplorable ejemplo, exclama Bordas-Demoulin, ofrecen España é Italia! En ellas florece la superstición, pero sobre las ruinas de la piedad, de las costumbres y de la libertad; allí reina la Virgen en lugar de Dios y de Jesucristo; y el facineroso que acaba de asesinar al viajero acude á los pies de la matrona á reclamar su perdón, mediante una parte de su sangriento despojo, y después vuelve al asesinato, tranquilo respecto de sus crímenes.» De tal modo ha pervertido el catolicismo el sentido moral, que no es raro oír á algunos escritores admirar esos rasgos y presentarlos como prueba de la profunda piedad de aquellos países, y de la bienhechora influencia que en ellos ejerce el culto de la Virgen. «Sin embargo,

(1) BORDAS-DEMOULIN et HUET, *Essais sur la réforme catholique*, p. v.

(2) FLEURY, *Moeurs des chrétiens*, c. LX.

(1) Escrito en 1867.

dice Bordas, ¡qué cosa más contraria al honor legitimamente debido á la eminente santidad de la Madre de Dios que esos abusos escandalosos que la piedad ilustrada deplora!», (1).

Aplaudimos el sentimiento que ha dictado esa generosa protesta contra las supersticiones romanas; pero las mismas palabras que acabamos de transcribir muestran también lo que hay de contradictorio, y aun de imposible, en una reforma católica. Hé ahí un filósofo, un pensador eminente: indignase contra las supersticiones que hacen al hombre esclavo de todo en el universo y de todo en la sociedad: nada mejor. Mas ¿se puede ser católico sin ser supersticioso? Nuestro mismo filósofo, nuestro reformador católico nos habla de la *Madre de Dios*. ¿No nos transporta esta fábula á pleno paganismo? ¿Podría un espíritu libre de preocupaciones religiosas concebir que tenga Dios una madre? Es que en el catolicismo hay Dios y Dios: al lado de *Dios* vemos figurar á *Jesucristo*, el Cristo es quien tiene una madre; y como el Cristo es Dios, resulta que Dios tiene madre, lo cual abre la puerta á la idolatría y á todas sus extravagancias. Para cortar el mal en su raíz no hay más que un medio, desechar la fe en el Dios-hombre; pero entonces no se es ya católico. Si se conserva la fe en los misterios del catolicismo, queda uno por esto solo encajado en los lazos de la superstición.

Los reformadores franceses han combatido con una extrema vivacidad el nuevo dogma de la Inmaculada Concepción: Bordas-Demoulin llega hasta á decir en su rudo lenguaje que es la *Iglesia de Satanás* quien lo ha promulgado (2). Si hubiera mirado atentamente, ¿no habría descubierto en la historia de todos los dogmas cristianos las mismas influencias que tanto le repugnan en el último? Acá milagros fabricados para hacer aceptar la transubstanciación, allá intrigas de corte y casi guerras civiles para imponer al universo cristiano la creencia en la divinidad de Jesucristo. ¿Es lo absurdo del dogma lo que subleva al filósofo? Pues hallará otros absurdos tan grandes como el de la Inmaculada Concepción. Bordas-Demoulin cree en la Encarnación, en la paternidad del Espíritu Santo, en la virginidad de María, en su maternidad divi-

(1) BORDAS-DEMOULIN, *Mélanges philosophiques et religieuses*, página 361 y siguientes.

(2) BORDAS-DEMOULIN, en la *Réforme catholique*, p. 201.

na (1); y el que cree en esta mitología es extraño que clame contra la *Iglesia de Satanás* cuando se agrega una nueva superstición á todas las que forman la esencia del catolicismo.

La misma contradicción se halla en todos los proyectos de nuestros reformadores. No creen que los sacramentos justifiquen súbitamente y por su mera virtud; no creen que baste la absolución ni la comunión para ser justificados. En este punto están de acuerdo con los librepensadores; pero hacen una excepción respecto del bautismo que reciben los niños antes de la edad de la razón. Si se quiere permanecer católico, hay que admitir que el bautismo nos libra del poder del demonio súbitamente y por su sola fuerza; y si se admite esta superstición respecto del bautismo, ¿por qué no en los demás sacramentos? La idea misma de los sacramentos es una superstición y de las más groseras. Hay que ser católico para creer que el niño recién nacido necesita ser exorcizado para libertarse del poder de Satanás; hay que ser católico para creer que el hombre debe comerse á Dios, si quiere estar en comunión con él; y, sin embargo, leemos esta enormidad en la *Reforma* de Bordas-Demoulin: «¿Qué es el santo sacramento? Es Jesucristo sacrificado á su Padre.» Y como el Hijo de Dios es consustancial con el Padre, es, pues, Jesucristo sacrificado á sí mismo. «En todo sacrificio, prosigue Bordas, hay una víctima inmolada, la víctima comida ó quemada: Jesucristo es inmolado en la misa por la consagración y comido por la comunión», (2). ¡Qué galimatías! El buen sentido se subleva contra los reformadores como contra la religión que quieren reformar.

Si de la religión pasamos al culto, hallaremos las mismas contradicciones. Los reformadores franceses rechazan el culto de los santos: «Jesucristo, dicen, es el verdadero, el único mediador; los santos son simplemente hermanos que se interesan por nosotros, ruegan á Dios por Jesucristo que atiende á nuestras necesidades, que acoja nuestras razonables súplicas, y desean únicamente que por su felicidad glorifiquemos á Dios y que imitemos sus virtudes», (3). Esa es la doctrina de Bossuet; por

(1) BORDAS-DEMOULIN et HUBERT, *Essais de réforme catholique*, página vi.

(2) BORDAS-DEMOULIN, en la *Réforme catholique*, p. 207.

(3) BORDAS-DEMOULIN et HUBERT, *Essais de réforme catholique*, página v.

consecuencia, todo católico podría suscribir esta profesión de fe: ¿no es esto una prueba de que, rechazando las supersticiones cristianas, los reformadores las mantienen en sustancia? Admiten, en efecto, la necesidad de un mediador, y después vienen especies de mediadores que transmiten nuestras plegarias á Jesucristo, el cual las transmite á Dios, es decir, á sí propio, pues que él es Dios. No vemos qué es lo que gana la razón con semejante reforma, que ni siquiera lo es, pues que es el lenguaje y son las mismas ideas de Bossuet.

En definitiva, la *reforma católica* consistirá en volver al verdadero catolicismo, así en el dogma como en el culto. ¿Cuál es ese verdadero catolicismo? Sin duda la religión de la cristiandad primitiva, el cristianismo de los primeros siglos. Sabido es que esa era la pretensión de Lutero y de Calvino, y tal es también la aspiración de los protestantes avanzados de nuestro tiempo. Hé ahí movimientos bien contrarios que se acogen á la misma bandera, lo cual significa que el cristianismo primitivo es una cosa muy vaga y que recibe interpretaciones muy diversas. ¿Qué son los dogmas antiguos ó primitivos? ¿Habrá que detenerse en el siglo IV, ó llegar hasta el mismo Jesucristo? Los reformadores del siglo XVI adoptaron el primer partido, y quedaron, por consiguiente, católicos á medias; sus sucesores del siglo XIX no quieren ya otras creencias que las de Jesucristo, lo cual es rechazar todo lo que se llama dogmas, porque el Cristo no profesaba ninguno. ¿Lo entendían así los reformadores católicos? No ciertamente; pero si hubiera hallado eco su tentativa, habrían llegado lógicamente al protestantismo liberal. La reforma católica ha muerto en su cuna; mas resucitará, á menos de que el catolicismo esté destinado á perecer. Creemos, por nuestra parte, que el cristianismo es imperecedero en su esencia; este cristianismo es el de Jesucristo, y á él han de volver los reformadores que quieran permanecer cristianos. ¿No será por haber sido demasiado tímida, demasiado insignificante, por lo que no ha despertado simpatías la *reforma católica*? Se necesita una reforma más decidida, más vigorosa; preciso que los reformadores católicos se den la mano con los protestantes liberales. En eso está la salvación y en eso también la lógica de las ideas. Los cristianos proceden de Jesucristo, su religión es la del Hijo del hombre, y no pueden aceptar otra. Durante siglos

ha usurpado la Iglesia el puesto de Aquel á quien adora como Dios; y si ha hecho de él un Dios, ha sido para establecer su dominación más sólidamente, participando de la divinidad de su fundador. El tiempo se acerca en que haya de tener fin el poder de los usurpadores, y esa será la aurora de una nueva era religiosa.

¿Quiere esto decir que será en todo esa nueva era la reproducción del cristianismo de Jesucristo? Cuestión inmensa que tratamos de resolver en este *Estudio*. Baste, por el momento, hacer observar que una restauración pura y simple de lo pasado es imposible; y nada lo prueba mejor que la pretendida reversión al culto primitivo de la cristiandad. ¿Cuál es ese culto? Todo depende de la fe. Si nos remontamos hasta el Cristo, el culto será tan sencillo como la creencia, ó, por mejor decir, no lo habrá, porque Jesús y sus discípulos practicaban el culto judaico. Para ser cristiano como el Cristo, debiéramos ser judíos como él, participar en todo de sus ideas y de sus sentimientos, y hasta de sus preocupaciones y de sus errores; mas esto sería un milagro tan imposible como el de la resurrección de Jesús; hay que inspirarse en el sentimiento religioso del que dió su nombre al cristianismo, é interpretarlo según las necesidades de la humanidad moderna, en lo cual no haremos más que imitar á Jesucristo, que procede de Moisés, pero transformándolo. Nosotros procedemos de Jesucristo; mas debemos transformarlo, si queremos que nuestra religión tenga vida. Toda tentativa que se limite á resucitar lo pasado, sea el cristianismo de los Padres ó el del Cristo, es una tentativa imposible, y por tanto, fallida.

II

La humanidad tiene hoy necesidades y aspiraciones que ni siquiera sospechaba Jesucristo. Se pueden resumir en dos palabras: los pueblos reclaman su independencia y los individuos su libertad. La verdad es que, cuando Jesucristo predicó la *buena nueva*, no había ni libertad ni naciones; la antigüedad desconocía el principio de nacionalidad, como los derechos que pertenecen al individuo en su cualidad de hombre. De ahí la ausencia completa de preocupaciones políticas en la predicación de Jesús y de sus apóstoles; obediencia á los poderes establecidos, aunque fueran emperadores mons-

truos: esa era toda la política de los primeros cristianos. Llegan los Bárbaros, y sucede una época de destrucción, durante la cual estableció la Iglesia su imperio sobre los espíritus, aprovechándose de la disolución de la sociedad, de la anarquía feudal, para tomar el puesto del Estado. Así es la Iglesia quien reina en la Edad Media. ¿Es ese el ideal del cristianismo?

Como tal lo han considerado siempre los ultramontanos, porque se atienen mucho más á la dominación que al Evangelio. Bordas-Demoulin participa en este punto de la opinión de los herejes: donde los ultramontanos ven el verdadero cristianismo, él ve la corrupción de la creencia evangélica. El objeto del cristianismo es la conquista del cielo; degenera, pues, completamente y se corrompe cuando se convierte en un poder que persigue la dominación terrenal: esa era la ambición de Roma pagana, que pasó á la Roma de los papas. Una vez imbuida de este espíritu, "era tan imposible que la Iglesia no se convirtiera en dominación, es decir, que no se depravara, como el que Roma no hubiese llegado á la soberanía del universo." La teocracia de la Edad Media, en la cual era absorbido el Estado por la Iglesia y el hombre civil por el hombre religioso (1), no es el estado natural de la sociedad cristiana, no es sino una forma accidental que ha tomado el cristianismo, y forma que lo ha desnaturalizado (2). Lo que caracteriza á la teocracia es que aniquila toda libertad, que no hay con ella ni independencia para los pueblos ni derecho para los individuos. ¿Es esa la esencia del cristianismo? Todo lo contrario: la ley del Cristo es una ley de libertad. No hay otra verdadera Iglesia que la que se funda en la libre unión de las almas: "Ciudadano voluntario de una sociedad espiritual, el católico permanece en la Iglesia por una continua adhesión á la verdad de sus creencias; y la Iglesia, en tanto que es la sociedad de las almas, es inaccesible al despotismo y á la violencia. Lo que el Cristo fundó, lo que resulta, por otra parte, de la invencible naturaleza de las cosas, ningún poder político, ninguna usurpación pontificia puede destruirlo," (3).

(1) BORDAS-DEMOULIN et HUET, *Essais sur la réforme catholique*, p. 210.

(2) BORDAS-DEMOULIN, *Mélanges philosophiques et religieux*, página 350.

(3) BORDAS-DEMOULIN et HUET, *Essais sur la réforme catholique*, p. 144.

Esto conduce á una concepción del cristianismo enteramente diferente de la del catolicismo romano: se reprueba la dominación que la Iglesia ejercía en la Edad Media como un resto del paganismo, y la unión de la Iglesia y el Estado, que los católicos romanos celebran como un ideal, salvo el propósito de subordinar el Estado á la Iglesia, es desechada como una alteración y una corrupción del verdadero cristianismo. Así la libertad de los pueblos y de los individuos, oprimida por la Iglesia de la Edad Media, se convierte en un elemento esencial de la religión, tal como nuestros reformadores la comprenden. En este sentido se dan la mano con los católicos liberales, pero van mucho más allá. Lo que para la mayor parte de los católicos es una necesidad impuesta por las circunstancias, un acomodamiento temporal con el espíritu del tiempo, es para Bordas-Demoulin un principio tan esencial del cristianismo como la caridad evangélica. Ya hemos dicho en otra parte lo que los católicos, aun los liberales, piensan de las libertades del 89; detestan esta obra de la filosofía, y no están lejos de ver en ella la inspiración de Satanás (1). En cambio, Bordas-Demoulin dice que la declaración de los derechos del hombre es, en todo el rigor de la frase, "la promulgación social del Evangelio," (2). Los católicos, hasta los más liberales, maldicen la Revolución como la encarnación del mal, mientras el filósofo francés no vacila en afirmar que la Revolución del 89 es la consecuencia y el término de la revolución inaugurada por Jesucristo (3). Debemos detenernos en esta faz de la *reforma católica*, porque es su rasgo característico.

Se reprocha al cristianismo el ser una religión del otro mundo; y esta acusación no se dirige sólo al catolicismo, trasciende hasta á la predicación de Jesucristo. El reino de Dios que el Hijo del hombre predicó era otro mundo, y los consejos de perfección que dió á sus discípulos tendían á desprenderlos enteramente, no ya de las pasiones de esta tierra, sino de sus necesidades más legítimas, de sus intereses y hasta de sus afecciones. Sabido es con qué fervor se lanzaron los cristianos á ese espiritualismo, que, ya desordenado y excesivo en

(1) Véase el *Estudio sobre la reacción religiosa*.

(2) BORDAS-DEMOULIN, en la *Réforme catholique*, p. 20.

(3) BORDAS-DEMOULIN, *Mélanges philosophiques et religieux*, página 347.

las máximas del Maestro, llegó á la locura en los innumerables anacoretas que abandonaron la sociedad para morir en la soledad, y en los monjes más innumerables todavía que se retiraron á sus claustros muriendo para el mundo. Morir para el mundo, es decir, para la vida real, fué la ley de la perfección cristiana; y esa perfección dista tanto de nuestras ideas y de nuestros sentimientos, que nos cuesta trabajo comprender el ideal del Evangelio; y el monaquismo, que tenía la pretensión de realizarlo, nos parece su caricatura. Los defensores del cristianismo, embarazados con esta herencia, y al propio tiempo extraños al orden de ideas que dieron nacimiento al espiritualismo evangélico, toman el partido de negarlo, y negar lo que es claro como la luz del día, es un mal medio de defender la religión de lo pasado. Si lo hacen sus apologistas, es porque comprenden que una religión que predicara á los hombres morir en vida, predicaría en el desierto; el cristianismo no puede seguir siendo la religión de la humanidad moderna, sino dejando de ser una religión del otro mundo.

Esto es lo que han comprendido perfectamente los *reformadores católicos*. Guárdase Bordas-Demoulin de negar la evidencia, negando el espiritualismo evangélico; mas trata de explicarlo primero, y pretende después que el cristianismo social venga á completar el cristianismo primitivo. ¿Qué es el cristianismo? Es la reparación del hombre corrompido por el pecado original. ¿En que consiste esta corrupción? En que su espíritu, separado de Dios, se había entregado á la dominación de los sentidos, es decir, á la ignorancia, á la idolatría y al despotismo. Pues que el cristianismo redime al hombre, no sólo debe restablecer el lazo entre el espíritu humano y el espíritu eterno, si que también destruir los males que la relajación de este vínculo ha causado, es decir, debe juntamente volvernó al conocimiento y á la adoración del verdadero Dios, y librarnos del despotismo y de las miserias que lo acompañan: debe rehacer el orden religioso y el orden social.

¿Cómo ha cumplido el cristianismo esta doble restauración? Necesitaba, ante todo, para regenerarnos, aniquilar la naturaleza viciosa que la dominación de los sentidos había creado; y esa es la razón de la renuncia absoluta al mundo y á sí propios que llamamos espiritualismo evangélico. El

exceso de esta primera reforma del cristianismo fué el monaquismo y la teocracia de la Edad Media; se quería que el hombre muriese para todo y para sí mismo, á fin de no vivir sino sobrenaturalmente en Dios. Pero ¿era esa regeneración interior el fin supremo, el fin único del cristianismo? No, porque el pecado original no había únicamente producido el politeísmo y la idolatría, había pervertido las relaciones de los hombres entre sí, extendido la esclavitud por toda la tierra y constituido, hasta en los países más libres en apariencia, el despotismo del Estado, lo cual ha hecho que, aun en las repúblicas y para los ciudadanos, fueran desconocidos los derechos naturales del hombre. ¿No pedían estos males un reparador? ¿Se dirá que vino el Cristo á curar la causa del mal social dejando subsistir enteramente el despotismo y sus miserias? No; para que sea completo el rescate de la humanidad, precisa que el cristianismo social concorra con el cristianismo religioso.

¿Qué es el cristianismo social? Todas las aspiraciones de la sociedad moderna: la libertad universal, la igualdad de los hombres entre sí, la superioridad conquistada sobre la naturaleza física, la abundancia de los bienes de la tierra, los pobres admitidos á la partición del patrimonio común, la miseria vencida con los vicios, el reinado de la razón, de la justicia y del amor. El cristianismo social apareció en la Edad Media; los concejos fueron su cuna; desde entonces fué creciendo como las luces y el bienestar general, y después de un trabajo secular, tomó posesión de la escena política en el 89. La Revolución es la consecuencia y el término del cristianismo: es la redención temporal, ó el Evangelio aplicado á nuestro destino terrenal, es el reinado de Dios en la tierra. Hasta el 89, el cristianismo tradicional había quedado extraño á la sociedad civil y política; y por esto no se apoderó del hombre entero ni dió todos sus frutos de regeneración, aun en la religión misma. La vida religiosa y la vida social están ligadas por las más estrechas relaciones, no pueden alcanzar la una sin la otra su perfecto desarrollo. Esta es la obra reservada á lo porvenir.

Por el momento, hay lucha entre las dos tendencias del cristianismo, como si fueran enemigas mortales: la Iglesia, que representa el cristianismo religioso, reprueba y combate la Revolución, que representa el cristianismo social. ¡Cosa extraña!